

LUCTUOSO SETIEMBRE: EL INFORME DEL DR. ALEXANDER VON FRANTZIUS SOBRE LOS SUCESOS DE 1860 EN PUNTARENAS

RESUMEN

Héroe de la Campaña Nacional contra el ejército filibustero liderado por William Walker, el presidente de Costa Rica Juan Rafael Mora fue derrocado y deportado hacia El Salvador en 1859. Un año después retornó para tratar de retomar el poder, pero tras enfrentamientos armados en Puntarenas fracasó y fue fusilado, junto con sus colaboradores Ignacio Arancibia y José María Cañas. En su condición de Cirujano en Jefe del Ejército, el alemán Alexander von Frantzius remitió al gobierno un detallado informe sobre los aspectos médicos de esos cruentos días. Inédito hasta ahora, por su gran valor histórico se publica aquí el informe original, complementado con algunas notas explicativas.

PALABRAS CLAVES: Alexander von Frantzius, medicina, Juan Rafael Mora, José María Cañas, Ignacio Arancibia, Puntarenas, Costa Rica.

Luko Hilje Quirós

Biólogo.
Doctor en Entomología.
Profesor Emérito,
Centro Agronómico Tropical
de Investigación y
Enseñanza (CATIE).
Turrialba, Costa Rica.
luko@ice.co.cr

ABSTRACT

A hero of the National Campaign against the filibuster army led by William Walker, Juan Rafael Mora, president of Costa Rica, was overthrown and deported to El Salvador in 1859. A year later he returned to attempt to regain power, but after military confrontations in Puntarenas, he failed and was shot, along with his collaborators Ignacio Arancibia and José María Cañas. In his role of the Army's Chief Surgeon, the German Alexander von Frantzius prepared a detailed report to the government about those bloody days. So far unpublished, because of its great historical value, the original report is herewith published, complemented with some explanatory footnotes.

KEYWORDS: Alexander von Frantzius, medicine, Juan Rafael Mora, José María Cañas, Ignacio Arancibia, Puntarenas, Costa Rica.



Figura N.º 1: Alexander von Frantzius Ritt.

Introducción

Nacido el 10 de junio de 1821 en Danzig, Prusia, a inicios de enero de 1854 y con 32 años de edad, arribaba a San José, capital de Costa Rica, el médico y naturalista Alexander von Frantzius Ritt (Figura 1). Lo acompañaba su colega Karl Hoffmann Brehmer, dos años menor que él, con quien compartía el anhelo de profundizar en el estudio de nuestra naturaleza. Los antecedentes de ambos en Alemania, así como sus actividades en Costa Rica, han sido recopilados y analizados con detalle por Hilje (2006, 2007).

Muy pronto conocerían al presidente de la República, don Juan Rafael Mora Porras –a quien la gente llamaba don Juanito–, pues portaban consigo una carta dirigida a él, remitida por el sabio Alexander von Humboldt. Hoffmann y su esposa se establecerían en la capital, a menos de dos cuadras de la residencia de don Juanito, en las inmediaciones de la Plaza Principal –hoy Parque Central–, lo que posiblemente propició una importante cercanía afectiva entre ellos. Por su parte, von Frantzius se instaló en Alajuela, para en dicho clima paliar una enfermedad pulmonar que padecía, donde permaneció hasta fines de 1857.

Apenas dos años después de su llegada, el país se vio amenazado por la invasión, desde Nicaragua, del ejército filibustero liderado por William Walker quien, imbuido de la doctrina del Destino Manifiesto, se proponía conquistar las cinco repúblicas de Centro América, con el apoyo financiero de los esclavistas sureños (Obregón, 1991). En respuesta a tan grave situación, el 1.º de marzo de 1856 don Juanito llamó a las armas y, ese mismo día, 35 alemanes residentes en la capital le enviaron una carta en la que le ofrecían defender su nueva patria.

De hecho, la víspera, don Juanito había nombrado a Hoffmann como Cirujano Mayor del Ejército Expedicionario, por lo que este se incorporó pronto a las tropas que marcharon hacia Guanacaste y Nicaragua para combatir a los invasores, y también encaró la epidemia de cólera que sobrevino, tanto en el frente de batalla como durante la repatriación de los combatientes, como en la capital. Por su parte, von Frantzius tuvo participación más bien puntual, después del combate de Sardinal –en la vereda del río Sarapiquí– y en el auxilio de los combatientes que retornaban heridos por Puntarenas.

En realidad, aunque don Juanito tuvo gran capacidad de convocatoria, hubo sectores de la oligarquía –a la cual él pertenecía– que, además de no apoyar su llamado a la guerra, intentaron derrocarlo. Descubierta la conspiración Tinoco-Iglesias, se inculpó y se hizo pagar con el destierro a Saturnino Tinoco López y a Francisco María Iglesias Llorente (Obregón, 1991).

Líder indiscutible del ejército vencedor que logró la capitulación de Walker en Nicaragua, tras más de un año de batallas y numerosas víctimas, don Juanito disfrutaba de gran popularidad, al punto de ser reelecto por tercera vez consecutiva (Obregón, 1991). Asumió el poder el 8 de mayo de 1859, tres días antes de que su amigo Hoffmann muriera en Puntarenas, de una enfermedad crónica, al parecer relacionada con la médula; postrado, desde su lecho dictó a su paisano y amanuense Rodolfo Quehl una conmovedora carta, reveladora de su admiración y profundo respeto por don Juanito.

Es decir, Hoffmann fue un convencido y leal morista hasta sus últimas horas. No obstante, no ocurrió lo mismo con sus paisanos. De hecho, se formaron bandos a favor y en contra de don Juanito, con Fernando Streber y Guillermo Nanne como sus cabezas más visibles, respectivamente; es posible que muchos permanecieran neutrales, como es usual en situaciones de polarización política.

En realidad, la prolongada permanencia de don Juanito en el poder, por un decenio, así como ciertas medidas, lo desgastaron políticamente (Meléndez, 1968; Obregón, 1991). Entre estas figuró la expulsión y el destierro del obispo Anselmo Llorente y Lafuente; el supuesto disfrute de ciertas prerrogativas por parte suya y de algunos allegados; la turbia subasta de extensos terrenos estatales en Pavas (San José) y Alajuela; la incautación para el Estado de feraces predios agrícolas del oriente de San José (los actuales Moravia, Tibás, Guadalupe y San Pedro de Montes de Oca), cuyos usufructuarios carecían de títulos de propiedad pero los habían cultivado de manera consuetudinaria; y la fundación del Banco de Costa Rica, estatal, pero de capital mixto, que minaba a poderosos capitalistas que antes de eso devengaban cuantiosas ganancias como prestamistas.

Todo ello condujo a un golpe de Estado, ocurrido apenas tres meses después de asumir el poder, el 14 de agosto de 1859; lo sustituyó José María Montealegre Fernández, quien no obstante ser cuñado, pues había enviudado de su hermana Ana María, era enemigo político suyo. Capturado y enviado al exilio en El Salvador, partió de Puntarenas el día 19 en el vapor "Guatemala"; lo acompañaban los generales José María Cañas Escamilla y José Joaquín Mora Porras –cuñado y hermano suyo, respectivamente–, así como su sobrino Manuel Argüello Mora, abogado y escritor, a quienes se unirían otros allegados, posteriormente (Argüello, 2007).

Desde entonces se propuso retomar el poder e, incluso, estuvo cerca del litoral puntarenense en varias ocasiones. Al parecer, en cierto momento había desistido para dedicarse a la siembra de café en El Salvador, para lo cual el presidente Gerardo Barrios Espinoza le alquiló vastas tierras estatales. No obstante, como representaba una amenaza permanente para el gobierno, al parecer fue víctima de un complot. Fue así como algunos correligionarios suyos lo convencieron de que las condiciones eran aptas para recuperar la presidencia y que era urgente hacerlo, dándole prácticamente un ultimátum, ante lo cual no pudo negarse, por cuestiones éticas (Meléndez, 1968; Argüello, 2007).

Debían estar en Puntarenas el 15 de setiembre de 1860, fecha conmemorativa de la Independencia, cuando ya la sublevación habría empezado. Pero como don Juanito dependía de la disponibilidad de un vapor comercial, no fue sino dos días después que arribó en el "Columbus", junto con los generales Cañas y Mora, Argüello, el coronel guatemalteco Francisco Sáenz –miembro del ejército salvadoreño– y unos pocos sirvientes. Para entonces el chileno Ignacio Arancibia, líder local de la insurrección morista, ya había tomado el Cuartel y la ciudad estaba en manos de los sublevados, por lo que los exiliados fueron recibidos con gran alegría por la población.

La estrategia de los insurrectos era complementar la toma del muy importante puerto de Puntarenas con levantamientos en otros puntos del país, para así derribar al gobierno. Pero hubo un delator que narró el plan a Vicente Aguilar Cubero –enemigo irreconciliable de don Juanito y Ministro de Hacienda y Guerra–, y fue así como el gobierno pudo actuar con prontitud y eficacia abortando dichos levantamientos, así como acorralando a los sublevados en la estrecha lengua de tierra que es Puntarenas (Meléndez, 1968; Argüello, 2007).

Por cierto, el río Barranca era el primer obstáculo, casi infranqueable, para llegar a Puntarenas, además de que estaba muy crecido, por los habituales aguaceros de setiembre y octubre, típicos de la vertiente Pacífica. Ahí no había puente, sino



Figura N.º 2: La Angostura, con el océano Pacífico a la derecha y el estero a la izquierda, en una vista de oeste a este (hacia Chacarita). Foto de Manuel Gómez Miralles, circa 1920.

un andarivel al cual se sujetaba una barcaza, la cual estaba en manos de los sublevados, en la margen derecha del río. Sin embargo, de manera casi inexplicable Arancibia perdió esa posición, y el ejército pudo continuar su marcha hacia Puntarenas.

Eso sí, poco después de Chacarita, en la muy delgada faja de tierra de La Angostura (Figura 2), los moristas habían construido una trinchera supuestamente inexpugnable y provista con siete cañones. Sin embargo, la astucia de los líderes del ejército, sumada a un acto de traición de un combatiente infiltrado –quien de manera deliberada no activó el principal cañón–, hizo que la noche del 28 de setiembre la trinchera fuera tomada por el ejército, como resultado de lo cual hubo numerosos muertos y heridos en ambos bandos (Argüello, 2007).

Por cierto, ahí murió el alemán Alberto Collar, quien tenía a su cargo uno de los cañones. Asimismo, en los combates participó Guillermo Nanne, a quien un tribunal militar –cuyo procurador fue su paisano Streber– acusaría de sedición y lo condenaría a muerte, junto con otros moristas, aunque tiempo después se les conmutaría la condena por otras penas. No hay evidencias de que otros alemanes se unieran a las filas gubernamentales, con excepción de von Frantzius, como se verá posteriormente.

El principal desenlace de los acontecimientos de setiembre de 1860 en Puntarenas fue la desbandada de las fuerzas moristas, así como la posterior captura de sus líderes. Desolado, don Juanito buscó asilo en casa del cónsul inglés Richard Farrer –además, comerciante y dueño del ferrocarril local– quien, a pesar de ser su amigo se lo negó. Más bien lo persuadió de que se entregara, lo cual hizo en la madrugada del domingo 30 ante el emisario oficial Francisco María Iglesias, aceptando ser fusilado con tal de no sacrificar a nadie más (Meléndez, 1968; Argüello, 2007).

Sin embargo, irrespetaron tal promesa y, ese mismo día, a las tres de la tarde, fusilarían a Arancibia junto con él, y dos días después a Cañas. Se cercenaban así las vidas de dos héroes innegables quienes, con gran visión y valentía, supieron conducir a nuestro pueblo y a los pueblos centroamericanos a la derrota del ejército filibustero y a sus pretensiones esclavistas.

Es en este contexto histórico que se debe ubicar el valioso informe que aparece a continuación, remitido al gobierno por el Dr. von Frantzius en su condición de Cirujano en Jefe del Ejército.

De hecho, la mayor parte del conocimiento de los sucesos de setiembre de 1860 proviene de los relatos de dos testigos presenciales, el escritor Argüello, que lo hizo en un libro (Argüello, 2007) y el cónsul Farrer, quien legó un breve pero esclarecedor diario. Ambos testimonios fueron recopilados por Meléndez (1968), quien adicionó información de otras fuentes menores, para aportar un panorama lo más comprensivo posible de lo acontecido en esos días, tan definitorios del porvenir del país.

Curiosamente, dicho autor no citó el informe de von Frantzius, el cual ha permanecido inédito, y es por eso que lo doy a conocer. Escrito con impecable caligrafía, que no era la suya –con la que estoy familiarizado–, sino la de algún amanuense (Figura 3), consta de 17 páginas en papel tamaño oficio, y fue rubricado por él en San José el 19 de noviembre de 1860. Corresponde al expediente Administración-5500, en el Archivo Nacional de Costa Rica.

En cuanto al texto transcrito a continuación, me tomé la libertad de editarlo levemente, subdividiendo algunos párrafos muy extensos del informe original,

enmendando errores ortográficos, completando nombres propios, o aclarando términos –ubicados entre paréntesis cuadrados en el texto– e incluyendo numerosos pies de página, con fines interpretativos.

El informe del Dr. von Frantzius

Excelentísimo Gobierno de la República:

Siendo mi deber dirigir a vuestro alto conocimiento el informe correspondiente acerca de todos los pormenores del ramo que me fue confiado, como Cirujano en Jefe del Ejército que marchó a Puntarenas¹ contra las fuerzas rebeldes que allí se encontraban atrincheradas, me cabe la honra de llenar esta obligación, haciéndolo con la mayor sencillez, y relatando los hechos tales como ocurrieron, en la forma siguiente.

El 17 de setiembre fui yo nombrado como Cirujano en Jefe de las tropas que marcharon bajo el mando del General don Máximo Blanco [Rodríguez]² contra los facciosos en Puntarenas. El 19 alcancé el Estado Mayor en San Mateo; y desde este día hasta el 28 teníamos muy pocos enfermos, solamente algunos con colerín, cólico y principios de disentería, a causa de las mojadadas que eran inevitables, particularmente en los centinelas³.

Las provisiones de boca [víveres] eran en todo este tiempo abundantes, y consistían en carne fresca cocida y bizcocho; a los soldados que no se les pudo proveer de cotones, se les dio cotonas de jerga o de bayeta⁴. En Esparza se repartió a todos los soldados aguardiente y tabaco, lo que se repitió después en la Chacarita (Figura 4)⁵. En este lugar se consiguió continuamente, por medio de los carretones del ferrocarril, buena agua potable⁶.

En los puntos en donde faltaron edificios para dar abrigo necesario, como en Esparza y en la Chacarita, se pusieron las tiendas de campaña, y para evitar que la gente percibiera la humedad del suelo, se consiguieron tablas de madera en que la tropa pudo dormir la noche; aun a los centinelas y avanzadas se les dieron cueros extendidos en varas para el abrigo del sol y de la lluvia. También en Puntarenas se enfermaron muy pocos soldados, de las enfermedades arriba mencionadas. Las provisiones de boca eran las mismas que antes, pero la gente tenía aquí más ocasión para comprar de su propia cuenta malos alimentos, como cocos, mangos, plátanos crudos, chicha y aguardiente en exceso⁷.

La gente estaba allí acuartelada en la Aduana vieja, una casa de alto bien seca y bastante ventilada; y solamente los centinelas, los escoltas para buscar y acompañar los prisioneros y los que se mandaron a la Chacarita, para deshacer la trinchera, tuvieron que mojarse inevitablemente⁸.

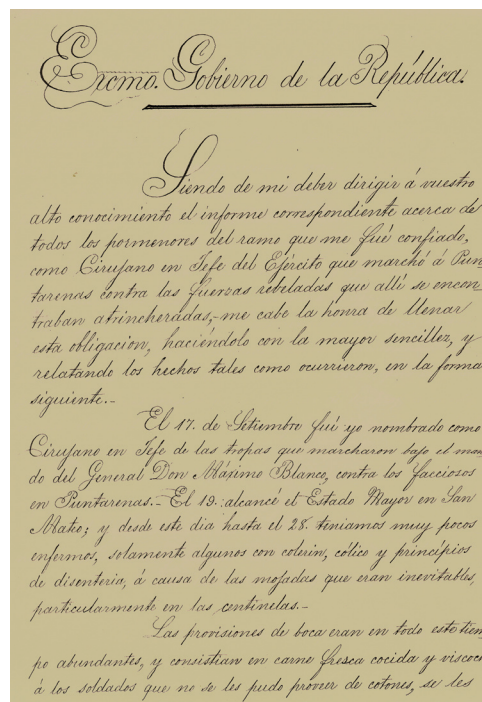


Figura N.º 3: Carátula del informe remitido por el Dr. von Frantzius al Gobierno.

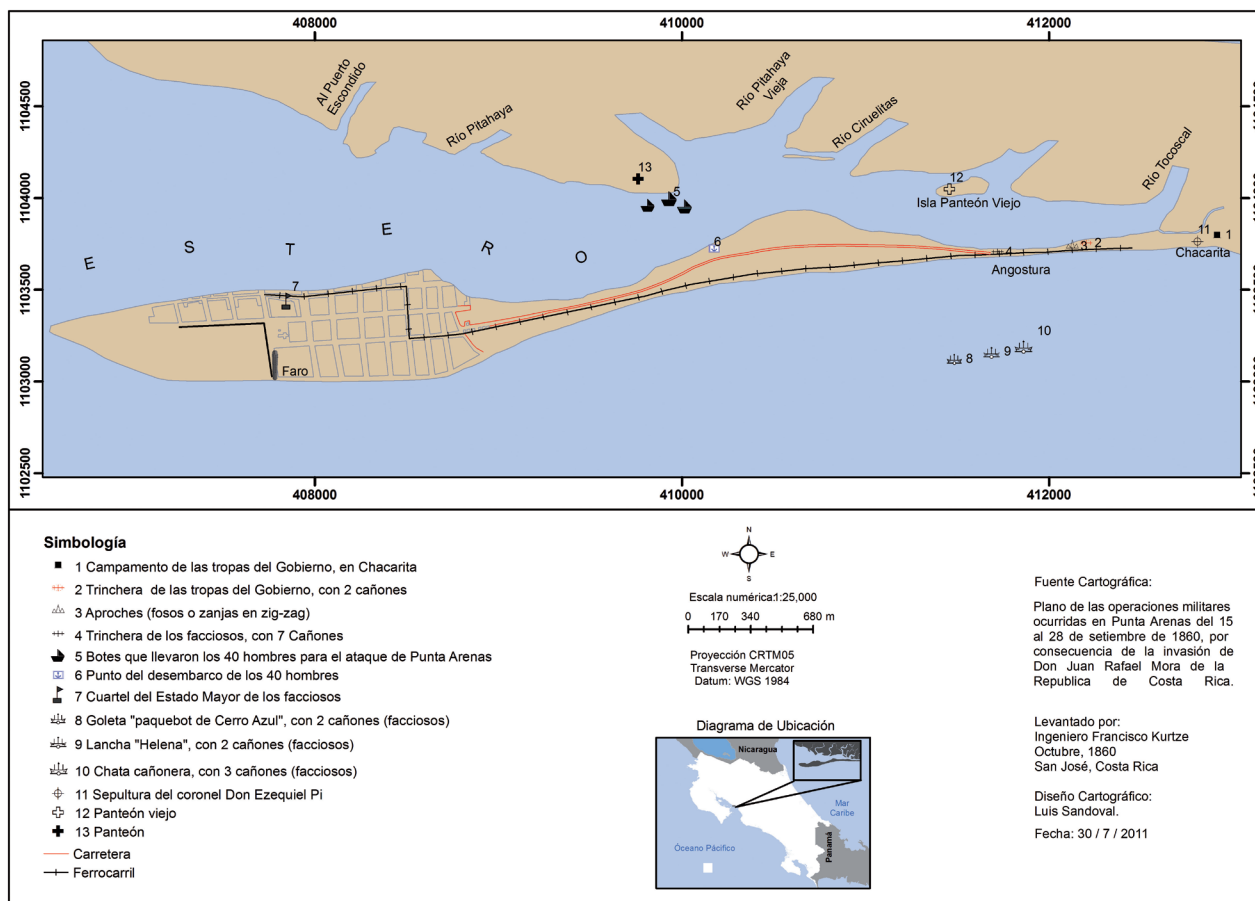


Figura N.º 4: Mapa de la ciudad de Puntarenas, elaborado por Francisco Kurtze, en el que se muestran sitios y acciones claves de los sucesos de 1860. Redibujado por Luis Fernando Sandoval.

El 20 de setiembre, en el primer tiroteo de la Barranca [río Barranca], no tuvimos ni heridos ni muertos; al otro lado se encontró un muerto del enemigo. El 24, al pasar la Barranca tuvimos dos soldados heridos levemente de bala, y tomamos siete prisioneros heridos casi todos por arma blanca. A todos estos curé inmediatamente, y en Esparza continuó Don Manuel Peinado al cuidado de ellos.

Otro herido de bala que encontramos en la Chacarita, quedó con nosotros. El enemigo tuvo en este tiroteo otro herido de bala, que llevaron a Puntarenas. El número de los muertos del enemigo se calcula que fue tres o cuatro, que, según dicen, echaron al Estero, asegurando que eran muertos de los nuestros. Desde el 20 hasta el 28 de setiembre, no tuvimos más heridos que dos que trabajaban en los fosos: de ellos uno perdió el ojo izquierdo, y el otro se halla ya andando⁹.

Algunas horas antes del asalto de la trincheras, el 28 de setiembre (Figura 5), recibí a orden del General, de estar listo con mi bestia y tener a mano todo lo necesario para asistir heridos: me dieron dos asistentes en las personas de los tenientes Enrique Rojas y Julián Campos¹⁰. Como media hora después de los primeros cañonazos, me llamó el General al campo de batalla, donde llegué en pocos minutos.

Aquí encontré ya la mayor parte de los heridos bajo las tiendas de campaña que teníamos cerca de la trincheras de nuestros cañones, extendidos en la arena; los otros

heridos se estaban trayendo al mismo lugar¹¹. Al primer herido que asistí fue al Coronel [Ezequiel] Pi, a quien un balazo en el muslo izquierdo había trozado la arteria, de manera que con el gran derrame de sangre que producía esta herida y otra en el costado izquierdo, ya estaba agonizando, y no había posibilidad humana de salvarle la vida, muriendo entre pocos momentos¹².

Sin embargo de la falta de todas las comodidades necesarias, asistí a los heridos extendidos en el suelo, continuamente de rodillas, con asistentes no acostumbrados y menos peritos en este servicio: en el principio sin agua, con la luz oscura de candelas de sebo y siempre con el cuidado de que los asistentes no pisaran a los heridos, logré curar todos los que encontré, cuyo número ascendía, más o menos, a cuarenta, en el espacio de dos horas y media.

Habiendo concluido esta principal tarea, me fui a registrar los muertos, y encontré algunos ya a la orilla de los fosos, otros dentro de ellos y algunos estaban ya completamente sepultados, de manera que no me fue posible contarlos. Según noticias que me dieron los que estaban ocupados enterrando, teníamos de nuestra parte diecisiete muertos y seis del lado del enemigo, y entre todos los muertos que vi, el único conocido era Frutos Mora [Castillo]¹³.



Figura N.º 5: Recreación de la toma de la trinchera que estaba en La Angostura por parte del ejército, intitulada *Combate de La Angostura del 28 de setiembre de 1860*. Óleo sobre tela (81 cm de alto y 117,5 cm de ancho), del italiano Lorenzo Fortino, *circa* 1860. Foto del archivo de los Museos del Banco Central, a partir de la pintura original perteneciente al Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.

Deseando transportar lo más pronto posible los heridos a un hospital en donde pudiera yo acomodarlos y asistirlos con más cuidado, me pareció lo más conveniente dirigir en persona las disposiciones necesarias para este fin.

Por desgracia, un propio [correligionario] que se había despachado al interior y que había tomado mi bestia [cabalgadura], me causó una demora penosa, obligándome a caminar a pie a Puntarenas. Allí llegué a las tres de la mañana del 29. Y después de haber dado parte sobre el estado en que había dejado a los heridos de la trinchera, el Señor General Blanco encargó al Señor Coronel Francisco Alvarado, de escoger una casa a propósito [apta] y dar los pasos necesarios para conducir los heridos allá¹⁴. Viendo este encargo en manos de una persona de tanta experiencia y de una actividad y energía muy conocidas, me apresuré a volver donde los heridos, a todos los que encontré durmiendo en un profundo sueño.

Antes de aclarar el día llegaron los carretones [vagones] del ferrocarril, en los cuales fueron despachados más de la mitad de los heridos, de manera que con el segundo conducto, como a las diez, todos los heridos se encontraban ya en el hospital¹⁵.

No se puede negar que en los primeros dos días faltaron muchas cosas para el arreglo del hospital; pero era imposible, en una población que antes estaba en poder del enemigo, encontrar todos los preparativos listos para el cuidado de un número considerable de heridos. Por eso no era de extrañar que las camas no alcanzaran para todos, y que muchos heridos quedaran en el suelo en sus petates [alfombras tejidas] o tablas de madera. Inmediatamente después que todos los heridos, tanto los nuestros como los de los facciosos, cuyo número ascendía en todo a sesenta y seis, estaban juntos en el hospital, empecé de nuevo con más escrupulosidad a curar y a examinar sus heridas.

Fue una dicha, tanto para los heridos, como para mí, que se encontrase en la persona del Señor Jesús Alfaro de Puntarenas, un proveedor magnífico del hospital. Por su empeño conseguimos en poco tiempo las comodidades necesarias para los heridos, aseo, ropa limpia, alimentos buenos. Lo mismo encontré un buen ayudante en la persona del Lic. en Cirugía Don Cipriano Herrán, quien desde el primer día me auxilió y acompañó curando las heridas continuamente, en cuyo servicio ha permanecido hasta ahora con la mayor exactitud, puntualidad y celo.

Tengo también que mencionar los servicios del Señor Rafael Acosta, de San Ramón, quien en los primeros tres días me ayudó en la curación de los heridos, cuyo servicio vino muy a propósito, estando yo demasiado ocupado con las disposiciones y el arreglo del hospital, en el cual, como he dicho, tenía más de sesenta heridos.

Al Dr. [¿Juan?] Echavarría, de Puntarenas le encontré en el camino, después de haber curado a los heridos en las trincheras, y también vino al día siguiente al hospital y me auxilió un rato.

Los Señores Lic. Don Cruz Alvarado [Velazco] e Irineo Gómez, me auxiliaron también durante los dos días que permanecieron en Puntarenas, y a estos Señores debemos algunas útiles y esenciales disposiciones, principalmente respecto del servicio de los asistentes¹⁶.

El Médico del Pueblo de Puntarenas, Don Lucas Angulo [Sánchez], se presentó siete días después de haberse establecido el hospital, por órdenes del Señor General

Don Máximo Blanco, y llegó acompañado de toda su familia; pero al segundo día observé que, contra mis órdenes estrictas, había aplicado polvos de alcanfor a los heridos, lo cual causó una inflamación e irritación bastante dañosa, de modo que me vi en la obligación de prohibir esta manera de curar y, por consiguiente, no volvieron más, ni él ni su familia, al hospital¹⁷.

Respecto al edificio que sirvió como hospital, teníamos la bodega del Señor Don Juan Tapia y unas piezas contiguas a esta, con un corredor largo. En estas piezas teníamos algunos ocho o diez heridos que necesitaban de quietud. La bodega estaba provista de un piso de tabla muy seco, con puertas y ventanas en los cuatro lados, de manera que podía entrar el aire y la luz, cosas muy necesarias para un hospital. La cercanía de la bodega al Estero proporcionó la ventaja de poderse botar todas las inmundicias, evitando así el mal olor y putrefacción que suele salir de ellas cuando están amontonadas.

El alimento para los heridos en el hospital era siempre preparado por la esposa del Señor Jesús Alfaro, cuya casa se encuentra en frente de la bodega; así era que los alimentos, además de ser siempre muy bien preparados, llegaban con oportunidad y sin enfriarse. Con el mismo celo y la misma exactitud velaba el dicho Señor Alfaro sobre el aseo de la ropa y de la bodega.

Solamente respecto de los enfermeros sentíamos bastantes defectos, aunque el General había mandado al principio seis soldados para este servicio, y el Comandante Don Francisco Alvarado seis individuos escogidos por la Policía. Los servicios de estos no eran en ninguna manera suficientes, por el motivo de que la asistencia de enfermos, y particularmente de heridos, necesita ya cierta habilidad, instrucción, experiencia y dedicación, cuyas capacidades no se pueden encontrar con facilidad en cualquiera persona.

Por esta circunstancia, los servicios del Señor Jesús Alfaro eran aun más apreciables, porque a más de atender a lo que le correspondía, subsanaba personalmente los defectos de los otros asistentes. Sin embargo, no se puede negar que entre todos estos asistentes, los dos mancos, Toribio Badilla y Miguel Rodríguez, sirvieron los últimos quince días con bastante exactitud y cumplimiento.

No dejaré de decir en este lugar, como una prueba de reconocimiento y de gratitud, que de varias personas de Puntarenas, especialmente de las niñas Chacón, se recibieron hilas, ropa y vestidos¹⁸.

Respecto de los heridos, todos fueron transportados con mucho cuidado y seguridad, por medio de los carretones del ferrocarril, de la trinchera al hospital. Aquellos, cuyas heridas eran leves y a algunos otros, se les concedió el favor de curarse en sus propias casas¹⁹. De los que había gravemente heridos, murieron cuatro en los primeros tres días después de la batalla.

Enseguida continué despachando siempre aquellos que estaban tan adelantados en su curación, que podían sin riesgo alguno ser mandados al interior acompañados de sus parientes y amigos u otras personas. A dos de los que remití aconteció que, por descuidos de ellos mismos, les cayeron gusanos en las heridas, pero, afortunadamente, no tuvo esto mal resultado²⁰. También en el mismo hospital sucedió igual cosa a algunos de los heridos que, por su descuido, usaron trapos o ropa sucia para acomodar a los miembros heridos, pero en el momento que observé tales acciones, logré remediar el mal.

Cuando las heridas de los prisioneros del enemigo, en su mayor parte eran de arma blanca o de bayoneta, las de nuestros soldados fueron todas causadas por bala o metralla, y casi todas las heridas de esta clase, han tocado más o menos los huesos, por cuyo motivo su curación es muy lenta. Las heridas que entraron en el arca [tórax] o en el vientre, eran mortales. Entre los heridos de bala en la cabeza, han escapado cinco, dos de ellos con pérdida de un ojo cada uno. Uno que tenía una rotura con depresión de los huesos del cráneo, se mejoró después de haberle sacado los pedazos de hueso que tenía metidos entre los sesos.

Herido de bala de cañón había solo uno, a quien le rompió una pierna, dejándosela en astillas, de manera que la amputación fue indispensable; pero el herido murió de tétano después de haber sido transportado a esta Capital, a los diecinueve días de hecha la amputación. Fuera de este, solo ha habido dos casos de tétano, uno de ellos con éxito mortal²¹.

Habiendo circulado noticias falsas de que los enemigos muertos en Puntarenas, fueron sepultados muy superficialmente, de manera que el mal olor de los cadáveres pudiera causar enfermedades, y que los muertos que estaban en el panteón al otro lado del Estero no habían sido bien enterrados, quise desengañarme personalmente de la verdad, examinando ambos lugares²².

Todos los enemigos que murieron en Puntarenas en la noche del 28 de setiembre, y cuyo número no excedía de nueve, fueron sepultados inmediatamente en un foso, y después la Policía amontonó una gran porción de arena encima de la cal; de modo que los cadáveres están tan bien tapados, que el olor de la putrefacción de ninguna manera puede salir afuera. Dichos muertos fueron enterrados en el solar de la casa del Señor Ceferino Rivero [Ibarra]²³.

Encontré el panteón muy bien arreglado y las sepulturas colocadas en líneas regulares, una después de la otra. El nivel del panteón está dos varas más alto que el punto de mayor creciente de la marea: tiene veinte varas de ancho y como cuatrocientas de largo²⁴. Muy pocas sepulturas tienen cruces con los nombres de los muertos. Las sepulturas de los tres fusilados se encuentran en la parte más alta del panteón, y señaladas con dos palos secos y una cruz. Ningún mal olor se percibe²⁵.

El buen éxito y el feliz progreso en la curación me facilitó despachar, poco a poco, los heridos al interior; así fue que el 21 de octubre no tenía más que diecisiete heridos en el Hospital, y ya con anticipación había pedido al Supremo Gobierno el número necesario de carretas y de cargadores para un herido, que solo viniendo en cama aguantaba el transporte. El 18 del mismo mes llegaron las carretas y la gente a Puntarenas, bajo el mando del Señor Mariano Benavides, de Alajuela.

Por el cambio de temperamento [tiempo climático] fue necesario proveer a algunos heridos con cobijas, camisas de lana, sombreros, camisas de algodón y calzoncillos, y para que siguieran dichos heridos con sus comidas convenientes y acostumbradas, el Señor Jesús Alfaro llevó las cantidades necesarias de provisiones de boca para prepararlas en el camino.

El 21 salí de mañana de Puntarenas con diez carretas y una cama. Fuera del Señor Jesús Alfaro, me acompañaron los mismos asistentes que había tenido hasta entonces, el Señor Cipriano Herrán y Enrique Rojas.

Bastante trabajoso, cansado y de mucha demora fue el paso de la Barranca, pues fue indispensable sacar todos los heridos de las carretas, pasarlos en brazos a la barca y acomodarlos de nuevo en las mismas carretas al otro lado del río, de manera que llegamos a Esparza algo tarde, ya al tiempo de ponerse el sol. Sin embargo, tuvimos la dicha de que no lloviera en este día, ni en todos los demás del viaje.

Encontré todo muy bien arreglado, tanto para los heridos, como para la gente y los asistentes: casas con camas, alimentos y sirvientes. Con suma actividad consiguió el Jefe Político, Don Juan García, las bestias y las monturas que faltaban; así es que el 22 pudimos muy de mañana, salir para San Mateo. Sin ningún embarazo logré pasar el río de Paires, que felizmente tenía poca agua y nos proporcionó vadearlo cómodamente²⁶.

En San Mateo nos sirvió para hospital la nueva iglesia, que todavía no está concluida, y que ya tiene su piso de tablas. Aquí la Señora Nicomedes Castro nos auxilió muy voluntariamente, preparando los alimentos para los heridos y para nosotros. En este lugar alcancé otros tres heridos despachados antes, quienes, por falta de carretas, habían tenido que demorarse más de una semana en Esparza.

Al día siguiente, tuvimos que pasar el Monte del Aguacate sobre un camino muy pedroso [pedregoso] y que bastante trabajo costaba transitarle, pues la mayor parte de los bueyes se cansaron, al extremo de tener que conseguir otros para reponerlos. En esta ocasión, el Señor Benavides manifestó una actividad y empeño extraordinarios, venciendo las muchas dificultades que se nos presentaban.

En Atenas encontré, en la persona del Juez de Paz Señor José Ramírez, un hombre de una actividad y de un celo poco comunes en gente de su clase. Toda la noche permaneció dando las disposiciones necesarias, velando sobre el cumplimiento de las órdenes que tenía dadas y consiguiendo todo lo necesario para continuar el viaje. Debo hacer aquí mención de Silvestre González, quien se portó de muy diferente manera a Ramírez, pues, a pesar de ser la primera autoridad de aquella población, se interesó poco por la suerte de los desgraciados que venían a mi cuidado.

Aquí tuvimos que dejar medio muerto en poder del mismo Juez de Paz a uno de los heridos, casualmente su sobrino, a quien una bala había atravesado el arca de un hombro a otro, dañándole algo el espinazo [espina dorsal]: padecía ya de una epilepsia crónica, y en el camino le habían dado dos ataques de ella. Murió ocho días después.

El 24 de octubre llegamos a los Ojos de Agua, en donde el Señor Luis Fuentes nos recibió en su casa, dándonos las camas que necesitábamos, y potrero para las bestias²⁷. Por orden del Señor Gobernador de Alajuela, el Juez de Paz González nos consiguió la comida, pues con anticipación me había yo dirigido a aquella autoridad, anunciándole mi llegada a dicho punto.

El 25 entramos todos en buen estado, como a las once del día, a esta capital, y tuvimos el gusto de encontrar aquí, en la misma plaza, una casa muy bien provista de todo cuanto es necesario para un hospital²⁸, en donde estaban ya algunos de los heridos que antes habían salido de Puntarenas; así fue que, el primer día, tenía aquí veintiséis heridos, y a algunos de los recién llegados concedí el favor de irse a curar a sus propias casas.

De mis asistentes, los Señores Cipriano Herrán y Jesús Alfaro continuaron aquí sus servicios, el último hasta el 12 de noviembre, y el otro, todavía está en actividad.

Hasta la fecha he podido despachar a sus casas catorce heridos, de modo que solo me han quedado once, los cuales siguen mejorándose; y a excepción de siete que hay en el hospital y uno que estoy curando en su propia casa, cuya completa curación dilatará a lo menos unos dos meses, todos habrán salido.

Me parece también conveniente incluir, en este informe, lo que observé respecto de los sentimientos de los heridos. Desde el primer día vi en los heridos de nuestra parte, calma y resignación, efecto, sin duda, de su buena conciencia o tranquilidad de espíritu por haber derramado su sangre en defensa de una causa santa. Muy al contrario, los heridos de parte del enemigo estaban temerosos de un castigo más fuerte, y oprimidos por el arrepentimiento de la conducta que habían observado contra sus propios hermanos, cuya circunstancia hizo más difícil la curación de las heridas, por el influjo del estado del alma²⁹.

A proporción que [a medida que] los heridos se mejoraban y conocían que el Supremo Gobierno les prestaba voluntariamente todos los auxilios necesarios, y hacía todo lo que era posible para aliviar la triste suerte que les había tocado, encontraba yo a estos valientes cada día más alegres y más consolados, particularmente después de haber llegado a San José, en donde hallaron un hospital bien cómodo y en donde pudieron ver, los que eran padres, a sus hijos, los maridos, a sus esposas, los hijos, a sus amorosas madres y, por fin, todos, a sus demás parientes, amigos y compañeros.

Repetidas veces manifestaron sus sentimientos de gratitud al Gobierno, que los trataba con tanta lástima y humanidad como nunca había sucedido antes, en semejantes casos. Por esto no hay que dudar que estos pasos tan prudentes como humanos, no dejarán de tener sus buenas consecuencias. El día en que las circunstancias llamaran otra vez a los valientes soldados para defender la Patria, correrán, sin duda, a las armas, con la misma alegría y prontitud que hemos visto.

De intento [intencionalmente] he escrito este informe con la mayor sencillez, creyendo que solamente el historiador puede referir los hechos pintándolos con colores brillantes y abrazando con generalidad todas las circunstancias. Puede ser que un día llegue, en que una pluma hábil describa esos hechos tan dignos de la sempiterna memoria de los hijos de este pueblo valiente y virtuoso.

Por tal motivo, me he limitado solamente a dar cuenta de las cosas que tocaban a mi profesión, para que el Supremo Gobierno pueda informarse de lo que yo en unión con los otros, a quienes tocó ayudarme en mi destino, he hecho en cumplimiento de mis deberes, y de cuanto he practicado bajo las circunstancias presentes, agotando todos los auxilios que el Supremo Gobierno puso a mi disposición. Tampoco he usado términos técnicos y expresiones científicas, sabiendo que no escribo para un Colegio de Médicos, sino para los altos Funcionarios de la Administración.

Los trabajos que tuve que sufrir al cumplir con mi difícil ocupación, fueron aliviados, en mucha parte, por el sentimiento de gratitud que me anima hacia

este país, del que he recibido, durante siete años, tantas pruebas de cariño y amistad.

Estos sentimientos, que aunque extranjero me hacen sentir las simpatías más fuertes por este interesante pueblo, me obligan a ansiar, como buen costarricense, el orden y la paz, y a desear vivamente porque a los horrores de la guerra que acabamos de sufrir, siga un largo tiempo de tranquilidad para el desarrollo de tantas riquezas que envuelve [posee] este hermoso país. También me sería muy satisfactorio tener ocasión yo de presenciar ese desarrollo, así como me ha sido ahora grato haber ayudado en cuanto me ha sido posible al Supremo Gobierno, cuando se ha visto en la dura necesidad de mantener el orden en la República, haciendo uso de las armas.

Comentarios finales

No hay duda alguna del gran valor de este testimonio, que contribuye a acrecentar el acervo de información acerca de los sucesos que culminaron con el fusilamiento de don Juanito Mora, hoy considerado nuestro Libertador y Héroe Nacional, así como de su leal colaborador salvadoreño, el general José María Cañas. A su vez, como complemento de los aportes de Argüello (2007) y Meléndez (1968), es de esperar que estos nuevos hallazgos estimulen a otros investigadores a profundizar en numerosos aspectos aún nebulosos de lo acontecido en aquellas jornadas bélicas.

Dicho informe fue preparado con la característica de meticulosidad con que von Frantzius escribió sus importantes artículos de naturalista en los campos zoológico, geográfico, climatológico, vulcanológico y etnográfico. Y gracias a ello, y a manera de síntesis, es conveniente resaltar algunos elementos claves.

En primer lugar, hasta ahora no se había hecho pública una cifra concreta acerca del número de muertos y heridos en ambos bandos. Primaba la idea de que en un escenario bélico tan reducido, como el de la ciudad de Puntarenas y especialmente la muy estrecha franja, había ocurrido un auténtico baño de sangre, con varios centenares de heridos y muertos, dado que incluso se utilizó metralla y balas de cañón.

Aunque los números recabados por von Frantzius no son exactos –como él mismo lo reconoce–, la mayoría de los 66 heridos (al menos 44) pertenecía al ejército, mientras que entre los muertos hubo 20 moristas y 18 del ejército; de los heridos que fueron hospitalizados después murieron siete, pero no se especifica su filiación. En síntesis, al final hubo 59 heridos y 45 muertos, más los tres fusilados (don Juanito, Cañas y Arancibia), para un total de 107 víctimas del conflicto armado.

Este es un dato que, a 150 años de distancia, trae consuelo, pues indica que el luto causado a los hogares en estos combates fratricidas no alcanzó niveles tan dramáticos como era de esperarse. Y habría sido más triste aún esta situación, pues quienes ahí se agredieron mutuamente eran los mismos que apenas cuatro años antes habían sido solidarios compañeros en las batallas de Santa Rosa, Rivas y el río San Juan, para acabar con el peligro filibustero.

En segundo lugar, este informe aporta un dato único acerca de la descripción exacta de la ubicación de los restos de don Juanito en el panteón del estero. Hasta ahora se sabía que, tras ser fusilado él, no hubo interés del Gobierno en darle sepultura y, más bien, una turba enardecida se proponía lanzar su cuerpo al mar, para que fuera devorado por los tiburones. Sin embargo, según un testimonio oral familiar recogido por escrito por Woodbridge (1989), su ancestro Juan Jacobo Bonnefil, cónsul de Francia en Puntarenas –no obstante ser adversario de don Juanito–, lo cubrió con la bandera de Francia y en un

bote cruzó el estero, para sepultarlo en aquel cementerio. Además, hizo lo propio con Cañas dos días después.

En tercer lugar, en conexión con lo anterior, hasta ahora se desconocía por completo lo ocurrido con los restos de Arancibia. De hecho, Meléndez (1968) cita referencias aparecidas en la prensa en 1929, que *“pretenden dar a entender que el cadáver de Arancibia fue arrojado al estero, dejándosele insepulto”*. Dado que dicho autor, así como Argüello (2007), abundan en calificaciones despectivas de Arancibia, sería esperable que así hubiera ocurrido. Sin embargo, von Frantzius señala claramente en su informe que los tres fusilados (don Juanito, Cañas y Arancibia) estaban en sepulturas contiguas.

Al parecer, Bonnefil nunca reveló su ubicación exacta, y posiblemente no las identificó con cruces ni nombres, para que permanecieran inadvertidas. Seis años después, el 20 de mayo de 1866, ante varios testigos exhumó los restos de don Juanito y Cañas, y los conservó en su casa, en pequeñas cajas de madera, de donde después fueron trasladados a la capilla de El Sagrario; llegaron a manos de sus familiares 25 años después, y hoy reposan en el Cementerio General, en la capital. Esto sugiere que él dio sepultura a Arancibia por compasión y humanitarismo, pero que no tuvo interés en exhumar sus restos.

Un detalle que llama la atención es que, no obstante su proverbial meticulosidad, von Frantzius no mencionara los nombres de cada uno de ellos, siendo tan importantes figuras históricas. Como hipótesis, cabe pensar que eso era parte del olvido oficial acordado por el gobierno de Montealegre, pues desde entonces la vida y obra de don Juanito y Cañas, incluyendo lo relativo a su liderazgo durante la Campaña Nacional, fueron ignoradas y sepultadas en el olvido.

Esto revela que, no obstante la objetividad con que von Frantzius relató los aspectos estrictamente médicos, así como el esmero y trato humanitario que dio a las víctimas de ambos bandos, él se identificó plenamente con el Gobierno.

Al mencionar al inicio de su informe la manera en que fue reclutado como Cirujano en Jefe del Ejército, cabría pensar que ello obedeció a su alta calidad profesional y al deseo de contribuir de manera humanitaria –más allá de banderías políticas– con el país que con tanto afecto lo había acogido. Pero su informe revela claramente que no fue así, y que estaba identificado con las posiciones del Gobierno; de hecho, se refiere a los adversarios como *“facciosos”* y *“enemigos”*, y califica las acciones del Gobierno como una *“causa santa”*, lenguaje extraño en un científico tan racional como era él.

En fin, se trata de un informe de gran valor testimonial, que retrata una parte muy relevante de los aspectos médicos y humanos de tan compleja y turbulenta época, cuya impronta se percibe aún hoy, a 150 años de los desgarradores sucesos de 1860 en Puntarenas.

Agradecimientos

A Tomás Federico Arias Castro, Raúl Arias Sánchez, Paul Brenes Cambroner, Fernando González Vásquez, Leonardo Mata Jiménez, Emilio Obando Cairol y Bernal Salas Jiménez, la útil información aportada. Al personal del Archivo Nacional de Costa Rica, su colaboración en aspectos documentales, incluyendo el mapa de Francisco Kurtze que, gracias a Carlos M. Morera Beita fue re-dibujado por Luis Fernando Sandoval (Escuela de Ciencias Geográficas, Universidad Nacional). A Fernando Leitón Meneses, la foto de La Angostura. Al Museo Histórico Cultural Juan Santamaría y los Museos del Banco Central, la réplica del cuadro de Lorenzo

Fortino. A Theresa White, la revisión de la versión traducida del resumen. A Elsa Pérez Villalón, la transcripción del texto original.

Notas

- 1 Para entonces von Frantzius vivía en la capital, en donde ejercía como médico. San José, separada de Puntarenas por unos 140 kilómetros, se comunicaba con esta gracias al llamado Camino Nacional, que atravesaba los abruptos Montes del Aguacate. Los principales sitios en dicha ruta eran La Uruca, Barreal, La Asunción (Belén), San Rafael de Alajuela, Los Llanos, La Garita, Atenas, San Mateo, Esparza y Chacarita.
- 2 Era un hombre muy sagaz, y fue el indiscutible líder en las batallas del río San Juan, entre diciembre de 1856 y abril de 1857. Con el tiempo adquiriría gran poder y junto con el general Lorenzo Salazar Alvarado –que fue quien derrocó a don Juanito–, darían numerosos cuartelazos.
- 3 El cólico es un agudo dolor abdominal intermitente, al cual, a veces, se suman náuseas, vómito y hasta diarrea. Por su parte, según el epidemiólogo Leonardo Mata Jiménez, el término colerín alude a una diarrea acuosa, maloliente, de inicio abrupto y casi siempre violento, generalmente con dolor de vientre pero sin retortijones fuertes, que puede ser causado por varios tipos de bacterias, virus intestinales u otros agentes; su similitud con el cólera (causada por el *Vibrio cholerae*) es la diarrea acuosa, sin sangre y sin mal olor, pero en esta los volúmenes de fluido excretado son tan elevados que la víctima se deshidrata y muere. Finalmente, en la disentería bacteriana o shigelosis (debida a *Shigella dysenteriae*) las heces son mucosas, con sangre viva y malolientes; si el padecimiento se prolonga, las deposiciones son tan frecuentes que ya no contienen las citadas evacuaciones y se tornándose en simples excretas poco voluminosas consistentes casi en su totalidad en moco y sangre, hasta provocar la postración e incluso la muerte. En cuanto a la alusión a las intensas lluvias, Mata indica que no son un factor precipitante de diarrea, como a veces se cree.
- 4 Aunque hay varios tipos de bizcocho, según Gagini (2008) en aquella época se trataba de una rosquilla grande y dura de maíz (también llamada totoposte) que, por su durabilidad, los arrieros consumían durante sus prolongadas jornadas. En cuanto a la vestimenta, dicho autor indica que el algodón o jubón era una pieza grande de lana o algodón, con un agujero central para pasar la cabeza; es decir, como un poncho o una ruana. Por su parte, la cotona es una especie de camisa o blusa holgada; la jerga era una tela gruesa y tosca, en tanto que la bayeta era una manta de lana o algodón.
- 5 Por fortuna, se cuenta con este detallado mapa, elaborado por el ingeniero alemán Francisco Kurtze a solicitud del Gobierno. Publicado en octubre de 1860, es un dibujo grande (48 x 80 cm, escala 1:10.000), bellamente impreso en colores por la casa litográfica Sarony, Major & Knapp Lith. (449 Broadway, Nueva York). Meléndez (1968) utilizó un mapa más reciente, en el cual superpuso los puntos claves de la batalla indicados por Kurtze. Por fidelidad histórica, aquí he incluido el mapa original de Kurtze, aunque no es una copia exacta en cuanto a ciertos aspectos estéticos.

- 6 La línea ferroviaria llegaba hasta el río Barranca y sobre ella transitaba un burro-carril, es decir, una mula tirando de un solo vagón ocupado por pasajeros. En su diario, Farrer resalta la importancia que tuvo el ferrocarril para suplir de agua al ejército.
- 7 Los plátanos crudos posiblemente corresponden a bananos, en tanto que la chicha es una bebida fermentada, derivada del maíz, piña u otras frutas.
- 8 La ubicación de este párrafo es confuso en la secuencia del informe, pues lo ahí relatado alude a acciones posteriores a lo acontecido en el río Barranca y en La Angostura, y cuando el ejército ya había tomado Puntarenas.
- 9 Los fosos citados posiblemente corresponden a las zanjas o "paralelas" descritas por Argüello (2007) que, en forma de zigzag, permitieron a los soldados del Gobierno acercarse con sigilo hasta 50 varas (unos 40 m) de la trinchera morista y asaltarla en La Angostura; se observan claramente en el mapa de Kurtze (1860), quien ahí los denomina "aproches".
- 10 De los soldados y civiles mencionados por el autor a lo largo del informe, es posible que varios participaran en la Campaña Nacional. De hecho, Arias (2007) cita que en dicha epopeya hubo soldados que respondían a los nombres de Rafael Acosta (1), Miguel Rodríguez (2), Juan García (2), José Ramírez (3) y Luis Fuentes (1); este último murió de cólera. En cuanto a Acosta, era de San Ramón, y es muy posible que corresponda al aquí citado; por cierto, fue herido en la batalla de Rivas.
- 11 El ejército disponía de dos cañones en su campamento, ubicado en Chacarita, según Meléndez (1968).
- 12 Pi era un coronel español, jefe del primero de los tres batallones que conformaban el ejército. Este relato confirma lo indicado por Argüello (2007), de que murió en La Angostura. Aunque Meléndez (1968) alude al lugar de su sepultura, omitió señalarlo en el mapa que acompaña su relato; no obstante, en el mapa original de la batalla, Kurtze (1860) indica que fue enterrado en Chacarita, cerca del campamento. Un dato llamativo es que aunque en esa época ya se importaban quinqués (antecesor de la lámpara de querosén, pero que funcionaba con aceite de ballena), el ejército dependía de velas de sebo para iluminarse.
- 13 Argüello (2007) narra que *"a don Frutos Mora lo asesinaron bárbaramente, alternando cada "Viva Mora" que salía de la boca de ese valiente, con un balazo o bayonetazo; hasta cuatro veces repitió el heroico hijo del Benemérito don Juan Mora Fernández el grito referido, y cuatro descargas consecutivas enviaron esa bella alma a las regiones celestes"*. Con 38 años de edad entonces, e hijo de nuestro primer Jefe de Estado, era cuñado del alemán Guillermo Witting, quien había casado con su hermana Juana. Residente por muchos años en San Ramón, en 1856 fue Alcalde Constitucional de la localidad (equivalente a Jefe Político), y con un grupo de lugareños se incorporó a la sublevación morista en Puntarenas, según Paul Brenes y Fernando González.

- 14 Argüello (2007) indica que Alvarado era el jefe del tercer batallón del ejército. Cabe señalar que el segundo estaba a cargo de Luis Pacheco Bertora quien, supuestamente, simpatizaba con la causa morista; según Argüello (2007), el día del golpe de Estado, estando él preso en el cuartel de Artillería, al igual que su tío, Pacheco y Rosario Gutiérrez le propusieron una contrarrevolución. Por cierto, Pacheco es célebre, pues fue el primero que intentó quemar el mesón filibustero en la batalla de Rivas, Nicaragua, el 11 de abril de 1856; resultó seriamente herido, pero sería salvado por el Dr. Hoffmann.
- 15 Esto revela cuán débil fue la resistencia morista para impedir que las fuerzas gubernamentales tomaran la ciudad. Como se nota, no había ahí un hospital formal, sino que debieron improvisar uno, cerca del estero, como se verá posteriormente. Asimismo, en su diario, Farrer menciona que el día 29 hubo tres vagones acarreado heridos desde La Angostura. Como curiosidad, cabe señalar que en uno de los cuadros, que pintara a posteriori el italiano Lorenzo Fortino, aparece una mula tirando de un vagón, en dicho sitio.
- 16 De los cuatro médicos citados en los últimos párrafos, Alvarado fue uno de los más destacados en la Campaña Nacional, al lado de Hoffmann; después sería diputado, y hasta candidato a presidente de la República. Echavarría podría corresponder a Juan Echeverría quien, en años posteriores, tuvo una farmacia en la capital. Hubo un personaje con su mismo nombre, que era el cónsul de Colombia, y en cuya casa pidió refugio el general Cañas (Meléndez, 1968), lo cual sugiere que se trataba de la misma persona y que, siendo médico, socorrió a los heridos, sin importar el bando al que pertenecían. Gómez es citado por Argüello (2007) junto con von Frantzius como los dos médicos que acompañaron al ejército, pero el presente testimonio indica que estuvo ahí de manera apenas transitoria. En cuanto a Herrán, se decía español y ejerció por un tiempo en Alajuela (GOCR, 3-IX-1859, N.º 5, p. 4); según Raúl Arias, era un sacerdote peruano a quien el Protomedicato de Costa Rica (antecesor del Colegio de Médicos y Cirujanos) rechazó su solicitud de incorporación, por dudas acerca de su condición de médico.
- 17 Los “médicos de pueblo” eran pagados por el Estado para atender los asuntos de salud pública de un determinado municipio; de hecho, von Frantzius lo fue en Alajuela entre 1854-1856. En cuanto a Angulo, era colombiano, y fue un cercano amigo de Hoffmann, al punto de que al morir este le legó varios instrumentos médicos. Durante la Campaña Nacional laboró en un hospital establecido en Liberia. Curiosamente, en un obituario sobre su sobrina Pastora Angulo, publicado en julio de 1931, se resaltaba su participación en la recolección y curación de heridos en Puntarenas, junto con las mujeres de su familia, lo cual queda en entredicho con este testimonio de von Frantzius.
- 18 En cuanto a las hilas, son hebras tomadas de un trapo de lienzo, usadas para curar llagas y heridas, según el *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española.
- 19 Esto sugiere que había un número importante de puntarenenses en las filas antimoristas.
- 20 Las miasis o gusaneras son causadas por la deposición de huevos de moscas en tejidos expuestos, ya sean sanos o necróticos, de los cuales emergen sus larvas.

En Costa Rica, sobresale la mosca de tórsalo (*Dermatobia hominis*), seguida por las moscas barrenadoras *Cochliomyia hominivorax* y *Cochliomyia macellaria*.

- 21 El tétano es causado por una potente toxina que afecta los nervios, liberada por la bacteria *Clostridium tetani* (y otras especies de ese género), la cual forma esporas que pueden permanecer latentes por extensos períodos en ambientes poco oxigenados, así como en objetos punzo-cortantes; puesto que las condiciones higiénicas en dicho hospital no eran adecuadas, podría haber esporas en el equipo de cirugía sin esterilizar las que podrían penetrar durante la operación. Asimismo, en cuanto a la citada amputación, no se disponía de anestesia, pues el cloroformo y el éter empezaron a utilizarse en el país a fines del siglo XIX, por lo que se recurría a embriagar al paciente.
- 22 En esa época estaba vigente la “teoría” de los miasmas, según la cual las emisiones de cuerpos en descomposición, aguas putrefactas, etc. eran causantes de enfermedades, en realidad debidas a microorganismos. En cuanto al citado panteón, estaba “frente a la población, con el Estero de por medio” (Argüello, 2007), como se observa claramente en el mapa de Kurtze (1860), aunque menos en el de Meléndez (1968), en el cual se notan cambios en la configuración del contorno del manglar; obsérvese que había otro cementerio, conocido después como la “Isla Panteón Viejo”, que estaba más lejos de la ciudad, cercano a La Angostura.
- 23 Era en casa de este español en donde los moristas tenían su cuartel; esta colindaba con la bodega del ferrocarril, según Farrer (Meléndez 1968). Kurtze (1860) la ubica en el cuadrante norte de aquel donde están hoy la Catedral y la Casa de la Cultura (antigua Comandancia de Plaza); ahí estuvieron por muchos años las escuelas Antonio Gámez y Delia Urbina de Guevara. Por cierto, en el costado este de dicho cuadrante aún está la plaza Victoria (hoy parque Victoria), en donde, en 1860, había un obelisco de madera dedicado al general Cañas, en reconocimiento por su labor como gobernador de la comarca de Puntarenas; en la tercera cuadra hacia el oeste de dicha plaza se encontraba el predio conocido como Los Jobos (hoy parque Mora y Cañas), en donde fueron fusilados don Juanito y Cañas.
- 24 Según estos cálculos, dicho panteón superaba en 1,70 m la línea de la marea, y medía unos 17 m de ancho y 330 m de longitud.
- 25 Es obvio que se trataba de don Juanito, Arancibia y Cañas, pues fueron los únicos tres fusilados con ciertas formalidades militares. Otros cuatro (Frutos Mora, Manuel Aguilar, Salvador Guevara y Ramón Pasos) fueron “pasados por las armas”, según menciona Argüello (2007), y de los tres primeros aporta detalles sobre las despiadadas torturas de que fueron víctimas. No está claro cuántos de los enterrados ahí murieron en los enfrentamientos de esos días; cabe pensar que la mayoría de tumbas con cruces correspondía a personas fallecidas previamente. Se dice que, en ese panteón, se enterraba a los pobres, y no a gente rica o importante –que era llevada al cementerio de Esparza, como sucedió con Hoffmann y su esposa–, sobre todo porque era habitual que los cangrejos de los playones del manglar extrajeran y consumieran sus restos mortales.
- 26 El Paires y el Surubres son los más importantes afluentes del río Jesús María, limítrofe entre Esparza y San Mateo, y sobre el cual se asienta el hermoso puente de las Damas, construido a mediados del siglo XIX.

- 27 Esa localidad está en San Rafael de Alajuela, por lo que no es el actual Ojo de Agua, en Belén, Heredia.
- 28 Se refiere a la Plaza Principal (actual Parque Central). Aunque no se indica su ubicación, en un documento oficial (Hacienda-10642, 20-V-1861, Archivo Nacional de Costa Rica) se menciona una casa que funcionó entonces como “hospital de sangre” de manera temporal, por lo que se compensaba a [José] Santiago Millet [Castillo]. Dicha casa pertenecía a la testamentaria de Manuel Alvarado [Alvarado]; Millet estaba casado con Gertrudis Alvarado Barroeta. Al revisar el plano de la capital elaborado en 1851 por Nicolás Gallegos, se observa que Alvarado tenía una gran propiedad en el costado norte de la Plaza Principal, exactamente donde, por muchos años, estuvo el cine Palace y ahora hay un negocio de hamburguesas de la cadena Burger King.
- 29 A pesar de que el estado de ánimo podría contribuir para sobrellevar un padecimiento, proviniendo de un médico profesional estos juicios son bastante subjetivos, sesgados y hasta maniqueístas.

Bibliografía

- Argüello Mora, Manuel. (2007). *Obras literarias e históricas*. Biblioteca Fundamental de las Letras Costarricenses. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. 498 p.
- Arias Sánchez, Raúl. (2007). *Los soldados de la Campaña Nacional de 1856-1857*. San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia. 398 p.
- Gagini Chavarría, Carlos. (2008). *Diccionario de costarriqueñismos*. 4.^a ed. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica. 248 p.
- Hilje Quirós, Luko (2006). *Karl Hoffmann: naturalista, médico y héroe nacional*. Heredia, Costa Rica: Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio). 200 p.
- (2007). *Karl Hoffmann, Cirujano Mayor del Ejército Expedicionario*. Alajuela, Costa Rica: Editorial Colegio Universitario de Alajuela (CUNA). 276 p.
- Kurtze, Francisco. (1860). *Plano de las operaciones militares ocurridas en Punta Arenas del 15 al 28 de Setiembre de 1860 por consecuencia de la invasión de Don Juan Rafael Mora de la República de Costa Rica*. (Expediente Mapas y Planos-8145, Archivo Nacional de Costa Rica).
- Meléndez Chaverri, Carlos. (1968). *Dr. José María Montealegre*. Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. 207 p.
- Obregón Loría, Rafael. (1991). *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. Alajuela, Costa Rica. 409 p.
- Woodbridge Mangel, Edmond. (1989). *¡Viva Volio! y otros cuentos; casi una autobiografía*. San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia. 248 p.